

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

La vida política

Se coge cualquier periódico de Madrid ó de provincias y las primeras noticias que saltan á la vista son los telegramas anunciando la subida del pan. Es la nueva de moda, es la que se comunica de todas las localidades á los centros más importantes de población para que los españoles vayan enterándose de la situación económica que la guerra crea y del porvenir que les aguarda si la lucha continúa, como parece lo más probable.

El señor Dato, con su habitual optimismo, contesta á estas noticias con otras al parecer consoladoras: por el mar vienen varios barcos cargados de trigo que serán en breve el motivo de que el artículo de primera necesidad para los pueblos baje en vez de encarecerse. Hay que creer poco en las promesas del señor Dato porque es hombre que de buena fe negaba la guerra cuando ya habían comenzado las hostilidades y espera siempre que todas las cosas de la vida pública se han de arreglar á gusto de sus deseos por obra del acaso ó fiando en su buena estrella. Lo cierto es que los artículos de primera necesidad empiezan á encarecerse y que los ministeriales dedicados á trabajos estadísticos nos demuestran con cifras concretas las abundantes toneladas de trigo que tenemos y hasta los kilos de patatas que deben sobrar en los mercados después de habernos alimentado todos sobradamente.

Es lástima que los datos estadísticos lisonjeros no alimenten porque con esas cifras podíamos considerarnos ahitos; pero desgraciadamente los números no marchan esta vez de acuerdo con la realidad, y al lado de las noticias relativas á los barcos de trigo que llegan á nuestras costas figura siempre la de la subida del pan en muchas comarcas. No hay duda de que no se trata tanto de falta de alimentos como de sobra de acaparadores que guardan los artículos de primera necesidad para imponer luego un alto precio ó para venderlos al extranjero y esto es lo más grave de todo lo que viene ocurriendo desde el principio de la guerra y contra lo que hemos protestado en diversas ocasiones sin que se hayan adoptado medidas radicales para impedirlos.

La exportación prohibida por el gobierno en decretos y reales órdenes ha venido verificándose sin interrupción desde que las hostilidades se rompieron.

Los que se dedican á la importación fraudulenta en tiempos normales trabajar ahora la exportación de la misma índole, el oficio es el idéntico y el negocio mayor. Lo mismo da burlar la vigilancia de los agentes del fisco para entrar productos que para sacarlos; la impunidad en esa clase de delitos está asegurada por la tradición. La profesión de contrabandista es lucrativa en todas las fronteras y en España la configuración del terreno favorece este tráfico ilícito aunque no tanto como la blandura de los gobernantes en la aplicación de las leyes. En suma que á pesar de las disposiciones que contiene la Gaceta, á pesar de las buenas palabras de los ministros, á pesar de la llegada de barcos con trigo el hambre continúa haciendo progresos en diversas comarcas y ésta es una enfermedad que causa en los pueblos estragos de todo género y trastornos de todo linaje.

No se puede ver con la impasibilidad que lo hacen los gobernantes la situación de algunas regiones donde la imposibilidad de exportar sus productos ha planteado instantáneamente el problema más pavoroso que puede presentarse en un pueblo; el de perecer por la miseria ó emigrar en masa. Y en estos casos en los de ruina por haber perdido el mercado exterior, no es la llegada de trigo lo que puede mejorar su suerte; por mucho que se abaraten las subsistencias nada se beneficiaran los que han perdido todo medio de adquirir lo necesario para su vida. Hay un refrán castellano que expresa bien esta situación y que dice: *A cuarto vale la vaca; pero el que no lo tiene no la cata.*

Un periódico de la oligarquía gobernante, sin duda por tener perfecta conciencia de la gravedad de la situación, se dirige á las clases acomodadas de la sociedad pidiéndoles que den trabajo á los pobres en vez de tener su dinero en la cuenta corriente del Banco de España, que desde que comenzó la guerra ha aumentado en muchos millones. La intención no puede ser más loable; pero las obras en este mundo se emprenden para algo y respondiendo siempre á alguna necesidad pública ó privada, por el sólo hecho de mantener braceros nadie ha improvisado empresas ni negocios en la tierra; eso sólo se le ocurre al Estado que, como el Juan de Robres del epigrama, continúa en su tarea de hacer el hospital y los pobres.

Á nadie se lo puede exigir que por puro patriotismo emplee su dinero en repentinas especulaciones mercantiles, en empresas de construcciones de obras rústicas ó urbanas que no necesita, ó industrias problemáticas con el fin de que vivan los que necesitan el diario trabajo

para subsistir. Esto sería posible si en el mundo reinase un espíritu de altruismo, de filantropía ó de caridad que alimentase el amor al prójimo ordenado por la ley de Dios. ¡En buenos tiempos estamos para recomendar esta clase de virtudes! Los atentados contra todo sentimiento de humanidad que constituyen la guerra que estamos presenciando, no invita á que se propague el cumplimiento de ese primordial deber del hombre de acudir al remedio de las desdichas de sus semejantes.

Nada hay que esperar, pues, de los millones que están en cuenta corriente en el Banco de España; esa cifra aumentará á medida que el peligro de una crisis económica arrecie; el capital es asustadizo—dicen los economistas—, empleando una metáfora para ocultar el egoísmo del capitalista, que es la verdadera causa de que el dinero se esconda. En casos como el presente, en circunstancias como las actuales, sólo el tacto del gobierno puede amiorar los efectos de una crisis que es mundial y que por fuerza ha de afectarnos como á los demás pueblos neutrales.

Si el acaparamiento es uno de los factores que agravan el mal y puede ser causa de la miseria de una comarca el acaparamiento es un delito que debe castigarse. Creerán los lectores que pedimos algo nuevo y no hay tal cosa porque en nuestro Código penal está bien determinado lo que es confabulación para alterar el precio de los artículos de venta; pero no se ha aplicado jamás como tantas otras disposiciones legales que mantenemos por lujo en nuestros Códigos. Hay que resolverse y pronto á proceder con la mayor energía si se quieren evitar graves conflictos de orden público. Si á pesar de las noticias tranquilizadoras de los ministros sobre el producto de nuestra cosecha y sobre el arribo de subsistencias á nuestros puertos la subida de los artículos de primera necesidad no se contiene, es porque hay alguna causa extraña y fuera de toda lógica que lo impide.

No puede ser ningún interés legítimo ni respetable el que estos efectos produzca; contra resta con éxito hasta ahora las medidas adoptadas para que el mercado esté abundantemente dotado y es preciso descubrir ese interés y destruirlo con la mayor rapidez, puesto que atenta al bien general.

Ésta debe ser por el momento la acción principal del Gobierno y su labor más esencial, y en estas materias es en las que puede contraer las mayores y más graves responsabilidades. Para salvar estos escollos no le va á servir al señor Dato como para librar los conflictos políticos, ni la tutela del conde de Romanones ni la silenciosa complicidad del señor Lerroux. Ahora ya no se trata de nada político; se trata de vivir, y con estadísticas halagüeñas en los periódicos ministeriales no va á comer nadie. Convenzase el señor Dato.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Cotidianas

Desde hace unos cuantos días, yo, que estaba quedando mal con todos mis amigos ausentes y con los individuos de mi familia que no viven en Barcelona, porque soy muy poco aficionado á escribir cartas particulares, me voy convirtiendo en un héroe de la literatura epistolar privada, y en una semana he escrito más cartas que antes en un año.

¿Sabéis ustedes por qué? Por sport: por el sport de colocarme en las paradas del tranvía y depositar cartitas en los coquetones buzones de Correos que, merced á las gestiones del director de Comunicaciones y de acuerdo con las compañías respectivas, se han instalado en cada tranvía, á imitación de lo hecho en Madrid hace poco tiempo. Y realmente es un sport muy entretenido, sobre todo para los pollos cursis, entre los cuales no me cuento, porque, aunque no sé si soy cursi, sé que de pollo no me va quedando ya ni la pechuga. No hay nada más hermoso, ni más dulce, ni más tierno que un pollo... que un pollo de esos que acabo de citar, haciendo detener á un tranvía.

—Eh, conductor, amable y benévolo conductor; ¿quiere usted hacerme el obsequio de detener momentáneamente su veloz vehículo para dar lugar á que yo pueda depositar en el pequeño buzón esta perfumada misiva, en la que envío al ser que idolatro los tesoros de un amor ardiente?

Y el conductor hace parar el tranvía, y el ardiente mancebo tiene la dicha de depositar su amor en el seno del pequeño buzón. ¡Comodísimo!

Ya ha sabido bien el señor director de Correos lo que hacía. ¡Como que ese sport va á aumentar de un modo muy lisonjero la venta de sellos! Lástima grande que la reforma no sea completa y que los conductores no se encarguen también de la venta de los necesarios sellos de franqueo, y de certificar las cartas, y de admitir paquetes y giros postales, y de atender reclamaciones, con lo cual no se daría el caso — que se dará sin duda — de que el expedidor de una carta haga detener á un tranvía hasta que vuelva de comprar un sello en el estanco más próximo ó en las oficinas de Correos, para no privarse del placer de echar la carta en el buzoncillo tranviario.

Esos buzones harán más general el arte de echar las cartas y, además, si la reforma fuera completa como yo tengo el honor de solicitar, elevarían el nivel de cultura de los conductores de tranvías, porque para ser conductor sería requisito indispensable poseer la carrera de Correos, ¿verdad?

En cambio, tal y como estamos ahora, los conductores del correo tranviario se quedan á mil de camino.

CAROLÍN

ESPAÑOLES DE ANTAÑO

Dos cardenales del "Quattrocento"

IV

Enviado por Calixto III en legación pontificia, con encargo de levantar á los pueblos y á los príncipes de Austria, Hungría y Polonia contra los turcos, llegó Carvajal en noviembre de 1455 á Viena-Neustadt y de allí pasó á Viena y á Buda. Á la energía «de este príncipe de la Iglesia, uno de los más grandes varones y nobles caracteres de su época», se debió principalmente la convocación de la Dieta húngara para el 14 de enero de 1456 en la última de dichas ciudades y él fué quien consiguió que acudiera á ella, á fines de dicho mes, el rey Ladislao, «quien tenía más deseos de emprender una campaña contra el emperador que de tomar parte en la guerra contra los turcos.» La Dieta se abrió en febrero y «en ella trabajó con su acostumbrado celo el gran cardenal»; pero «unas se habían llegado á tomar acuerdos, cuando se recibieron las primeras noticias del avance de los turcos contra Belgrado (150.000 hombres mandados por el mismo sultán Mahomed) y empezó la desbandada de los magnates con su rey Ladislao á la cabeza, quedando solo el heroico voivoda (virrey) de Transilvania Juan Hunyades. La nobleza húngara «con pocas excepciones, siguiendo el ejemplo de los alemanes, se quedó mano sobre mano» y las tropas de los cruzados, congregados por un santo, Juan de Capistrano, y por Juan de Carvajal, fueron los únicos socorros que tuvo el héroe húngaro; el cual, por notable coincidencia, como Carvajal y Capistrano, también se llamaba Juan.

«Á la verdad, Carvajal había llegado con las manos vacías... pero de más monta que el socorro material era el provecho que debía aportar á la empresa de la Cruzada la actividad de aquel hombre fogoso. En todas partes se levantaban los corazones con la llegada de tan notable varón, que permaneció desde entonces, durante seis años, en las orillas del Danubio, participando de todos los padecimientos y privaciones de los cruzados y dispuesto á terminar con el martirio una vida que había consagrado toda entera al servicio de Dios y de su Iglesia.» Tales fueron esas fatigas y privaciones que «el eximio Carvajal», que había salido de Roma lleno de fuerza y salud, volvió á ella envejecido y quebrantado. «La aspereza del clima, las privaciones de la vida des acostumbrada del campamento y los largos y penosos viajes habían agotado sus fuerzas y aun para fortificar sus dientes tenía que servirse de artificiosas invenciones.»

Hunyades, el héroe húngaro, logró derrotar al formidable ejército turco, bajo los muros de Belgrado, poco menos que milagrosamente, alentados los cristianos por la bravura y la sagacidad de su caudillo y por las inflamadas exhortaciones de San Juan Capistrano. Aquella batalla terrible salvó por entonces á Europa y al recuerdo del gran acontecimiento quedará para siempre unido, con los nombres del héroe húngaro y de Capistrano, el del insigne español Juan de Carvajal. Como testimonio de la gran parte de gloria que á él, personalmente correspondía, está el acuerdo de la Señoría de Venecia, que en 12 de agosto de 1456 felicitó al cardenal Carvajal y á Juan Hunyades por aquella victoria «alcanzada sin rey, sin emperador», como decía el enérgico Calixto III.

No trae Pastor la relación de las embajadas de Carvajal, pero dice que de Hungría le envió el Papa á Bosnia, para iniciar allí la campaña contra los turcos; que «el noble Carvajal no anduvo remiso»; que por su mano bautizó al rey de aquel país; que por esta misión le tributó el Papa grandes elogios; que le encargó luego la reconciliación entre el emperador de Alemania y el rey de Hungría; que entendió luego «con gran prudencia» en los asuntos de Bohemia... y cada vez le llama, cuando menos, «el infatigable é incorruptible Carvajal». La insistencia de Pastor en llamarle tantas veces *incorruptible* es todo un juicio acerca de aquellos tiempos y de aquel hombre.

Desde el otoño de 1461 volvió á vivir en Roma; más «no fueron, con todo, los trabajos y privaciones que hubo de sufrir en aquellos países extraños, donde el cardenal dejó memoria edificante y agradecida, sino motivos políticos, los que volvieron á llevar á Carvajal hacia las regiones, mas benignas, del su». «En Roma se tributaba la mayor veneración á aquel varón sufrido» y de Voigt es la cita siguiente: «Ningún otro cardenal, se decía con justicia, ha trabajado tanto ni soportado tan increíbles fatigas como él en los seis años de aquella legación, en la cual se consagró al más sublime de los intereses de la Iglesia: la defensa de su fe.» Y «aunque gastado por la edad y el trabajo, no se permitió entonces descanso alguno, y siguió tomando después, como antes lo había hecho, el más vivo interés en todos los asuntos eclesiásticos.»

Pero aun este relativo «ejamamiento» de sus tareas diplomáticas debía ser muy breve por cuanto en 24 de julio de 1463, siendo pontífice Pio II, sucesor de Calix-

to III, se ajustó la paz de Viena-Neustadt, en la cual no sólo intervino Carvajal como legado sino que á él y al pontífice les cupo «el inapreciable mérito de haberla logrado». En 1464 volvía Carvajal á estar en Roma...

No es, sin embargo, lo más notable en la vida de Carvajal, esta formidable labor diplomática—que debió ser intel gentísima cuando tan incesantemente se le empleaba en ella—ni esa total entrega de las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu en beneficio de la Iglesia. Lo que sorprende á quien conoce el corazón humano y algo también la historia, es que tal labor la efectuara bajo cinco diferentes pontificados: los de Eugenio IV, de Nicolás V, de Calixto III, de Pio II y de Paulo II—en que muró—y que mereciera de todos estos pontífices no sólo la misma veneración, sino la misma confianza. No es de entonces solamente, sino de antes y de después y de ahora—desgraciadamente también de ahora—que muden los príncipes y cuantos están investidos de poder supremo en los afectos respecto de sus más altos y nobles servidores al paso del tiempo y con el roce y el trato. Á veces obra en este respecto la antipatía personal, la venganza por antiguos agravios ó desdenes, los planes políticos particulares, y sobre todo y por encima de todo las influencias é intrigas de los que rodean, halagan y adulan á los príncipes.

No tenía tampoco Carvajal el espíritu de adulación é intriga que pudieran hacerle ó muy grato ó muy temible; muy al contrario «estaba en su índole dejarse buscar», «defendía á los humildes contra los poderosos» levantaba la voz en los Consistorios con el lenguaje de la «verdad y la justicia», de tal manera elocuente y con tal autoridad que en más de una ocasión bastó esa voz para desistir de acuerdos y planes y aun para imponer su modo de sentir al mismo pontífice, y su conducta significaba por sí sola un «aligero perenne asestado á los lomos» de la mayoría de aquellos cardenales que vivían en el fausto y algunos muy ajeados de la «integridad sacerdotal» de que él dejó en todas partes, justa fama. Ni le formaba pedestal su nacionalidad, como con franceses, alemanes é italianos de las varias repúblicas y reinos ocurría, pues Castilla estaba lejana y todavía en guerra con los moros y no podía influir en Europa como influyó poco después al unirse las coronas de Aragón y Castilla.

Todo cuanto fué, toda la veneración de que era objeto la confianza que le dispensaron los Papas, la admiración de sus propios colegas del Sacro Colegio, el amor y el respeto del pueblo y de los mismos enemigos de lo que él tanto amaba y con con tanto tesón defendía, la alta consideración de las cortes extranjeras, todo era mérito y fruto personal, todo obra suya, todo lo debía «á la extraordinaria elevación de su carácter» que, al decir de Voigt—y este es un altísimo elogio—«le hubiera hecho Papa después de la restauración tridentina», y si no lo fué entonces y sobre todo á la muerte de Pio II, debióse indudablemente á su gran modestia, y quizás más que esto á su gran modestia, pues en aquel conclave, el de 1461, uno de los cardenales designados canónicamente era este integérrimo Juan de Carvajal.

Y no es que su tiempo fuera estéril en grandes hombres y brillara él como estrella solitaria; compañeros suyos eran el gran Bessarione (su más íntimo amigo), Nicolás de Cusa, Juan de Torquemada... Unos, como Torquemada, eran más sabios, otros más espléndidos, otros más elocuentes, ó tan piadosos ó tan caritativos como él, y sin embargo, Juan de Carvajal «era considerado como el más egregio de todos los cardenales de su tiempo» y ante él se inclinaban todas las cabezas, aun las más altas, y todas las cervices, aun las más duras. Todo estaba en el carácter, en la armonía de todas las facultades, en la integridad, en la alteza del alma, en esa cualidad superior, «imponderable», que levanta por encima de todos los de su tiempo á un hombre á veces menos eminente que muchos otros en tal ó cual ramo del saber, en tal ó cual virtud ó talento. Siempre ha sido así, siempre será así: lo mejor del hombre de veras grande—por sabio que sea—es su corazón. Al escribir estas palabras acude á nuestra memoria una noble figura de nuestros tiempos y á nuestros labios un nombre...

ANGEL RUIZ Y PABLO

Las ideas y el libro

«El jardín de los deseos»

Poesías berberíacas de Sid Mojad Traducción y notas de Isaac Muñoz

Es este el primer volumen de una biblioteca mogrebi en vías de publicación. Dice Isaac Muñoz que se propone, con dicha publicación, aumentar el contacto espiritual «con el viejo Mogreb misterioso». En los capítulos que preceden á la traducción de los poemas de Sid Mojad, Isaac Muñoz nos da una impresión vivamente colorida de las costumbres de la raza berberíaca, de su modo de vivir, de su historia, de su distribución geográfica. De estos capítulos se desprende en sus lí-